



Vestir al **Desnudo**

MESA REDONDA
ENTRE
PADRES Y JOVENES

en la Universidad de la Sorbona - París

Es muy raro que en la existencia de cada uno no haya habido períodos en los que la cuestión del vestido no fuese motivo de discusiones o de dificultades entre las diferentes generaciones. Es difícil para los padres el aceptar que la influencia sobre nuestro hijo desaparece en el momento de la elección de sus prendas personales. Esta elección afecta a los padres, como todos los gestos de su hijo, niño o adolescente. Es, pues, normal que se ocupen de su "toilette".

Los padres se sienten inquietos cuando los adolescentes, para afirmarse contra ellos, adoptan un modo



de vestirse que ellos juzgan inapropiado. A menudo es un acto superficial, pero, no obstante, parece agresivo, y los padres soportan mal este género de emancipación. Tanto más, cuando el traje elegido por el joven traduce muy frecuentemente, sin que él se dé cuenta, unas tendencias, unas necesidades que los padres reprueban. En particular en el terreno sexual, la joven adolescente se afirma por medio del arreglo, del vestido; siente necesidad de atraer, de agradar, de subrayar sus atractivos. Cuando, a partir de los quince años, un joven comienza a querer afirmarse de esta forma, no queda más remedio que oponerse. Porque, incluso cuando se trata de una actitud superficial, se corre el riesgo de «llegar a ser como uno se viste».

Cuando los padres salen el domingo con sus hijos, les gusta que se manifieste cierta unidad; y si, de una forma demasiado evidente, demasiado pública, se ve claramente que los dos mayores «desentonan» del resto de la familia por su aspecto desaliñado, no pueden aceptarlo.

Es cierto, por otra parte, que los jóvenes no son muy realistas; no se dan cuenta de que, en la sociedad, uno es juzgado en función de lo que aparenta, y de que corren el riesgo de encontrar muchas puertas cerradas por llevar una «toilette» que no está de acuerdo con las costumbres del grupo.

Hay, en fin, razones de orden, de limpieza y de economía que giran alrededor del problema del vestido.

LOS JUICIOS ENTRE GENERACIONES

UN PADRE: Se dice que los jóvenes pueden juzgar cómo visten sus padres, pero éstos no deben juzgar el modo de vestir de sus hijos. ¿No será el vestido, para los jóvenes, una cuestión de prestigio en la cual no tenemos el derecho a intervenir?

MODERADOR: Parece que cada uno tiene derecho a juzgar a los demás. En lo que concierne a la vestimenta de los jóvenes «lucida» por unos adultos no tan jóvenes, la crítica no depende ya de la edad del que la ejerce. Cuando vemos en las playas mujeres de setenta y cinco años «luciendo» un bikini, no es ne-

cesario tener dieciocho años para expresar una opinión sobre la manera de vestir. Por otra parte, los jóvenes son particularmente sensibles al ridículo de los adultos y, en particular, al de sus padres.

UN JOVEN: Los padres dicen que no les gusta salir con nosotros si no estamos «correctos» (según su idea de la corrección). Pero a nosotros no nos gusta ir a la calle con nuestros padres si van de «trapillo», si resultan ridículos. Con demasiada frecuencia, el adulto olvida su aspecto, no tiene respeto a sí mismo, o bien no tiene gusto: un vestido sin color le quita toda su personalidad...

UNA JOVEN: Yo uso con frecuencia los trajes de mi madre, sobre todo si son nuevos y de buen gusto (se sobreentiende «de mi gusto»). Mis padres no ven en ello inconveniente. Por otra parte, los gustos evolucionan, nos ponemos de acuerdo y resulta que, a su vez, es mi madre la que usa mis vestidos...

UN PADRE: Parece, pues, que los jóvenes se ven en la obligación de aconsejar a sus padres sobre la elección de sus propios vestidos, para que mantengan cierta juventud.

EL JUICIO SOBRE LA APARIENCIA

UNA JOVEN: El vestido es una elección demasiado personal para que otros se ocupen de ello, incluso los padres. No es un derecho que hay que conquistar, sino un derecho natural, como el de hablar, el de expresarse. A muchos de mis compañeros les parece, incluso, insólito, que se pueda discutir y hacer de ello un problema, puesto que forma parte de la personalidad.

UNA MADRE: Se dice, también, que juzgar a un joven por su apariencia externa es una prueba de formalismo transnochado. Pero, ¿no es cierto que cuando se ve a alguien por primera vez se conserva la imagen de su aspecto externo, imagen que puede llegar a ser definitiva?

UN JOVEN: Si se juzga a la gente según la manera de vestirse, la vida se convierte en una verdadera mascarada.

UN PADRE: Eso no impide que suceda así.

UNA JÓVEN: Encuentro que los padres, o los adultos en general, confunden la elegancia y el aseo. Los jóvenes ponen el aseo en primer lugar. La elegancia, a la mayor parte de ellos, apenas les preocupa.

MODERADOR: Es necesario subrayar, sin embargo, que el vestido puede tener una significación precisa. Frecuentemente examino a jóvenes que se presentan con un atuendo que se puede calificar de chocante. Yo creo que, en este caso, se presentan así con un fin preciso, que es el de sorprenderme... Y, en efecto, lo consiguen perfectamente. Es, pues, evidente que el vestido que se lleva y la forma cómo se lleva no es algo casual: son actos voluntarios, reflexivos y tienen, de hecho, una gran importancia, pues son un reflejo directo de la personalidad de cada uno. No se ha esperado al año 1967 para hablar del vestido...: la historia del traje ha hecho «correr mucha tinta» en todas las épocas. Se dice que el hábito no hace al monje; pero yo no estoy muy seguro de ello.

UNA JÓVEN: Yo he observado que mis amigos se sorprenden cuando comprueban que entre jóvenes se tiene también tendencia a juzgar según la «toilette»: el que lleva una camisa negra es un muchacho rebelde

y el que usa corbata y un terno rayado es un «snob». Pero la mayoría de los jóvenes detesta eso; quieren ser juzgados por sí mismos y no a través de las prendas que usan. Ellos no llegan a establecer una relación entre el vestido y su personalidad.

UN PADRE: Me parece que este problema del vestido ligado a la personalidad del joven es extraordinariamente importante. Si los padres se oponen a que lleve cierto tipo de vestimenta que corresponde a su personalidad, ¿no van a atacar, al mismo tiempo, esta personalidad? Esto es, en mi opinión, muy grave. Nos induce a pensar que los conflictos que pueden existir a propósito del vestido no son más que el reflejo de los problemas de la educación en su conjunto.

UNA MADRE: Cuando mi hija tenía seis años, recuerdo que, a propósito de la compra de un par de zapatos, hemos tenido que recorrer cuatro almacenes antes de encontrar el par que nos convenía a las dos. Los vendedores no comprendían que yo pudiese escuchar la opinión de una niña tan pequeña. Pero yo estimo, sin embargo, que no había razón para contrariar sus gustos, puesto que ella se expresaba ya y podíamos encontrar un motivo de comprensión, lo que, por otra parte, fue un hecho. Yo creo que si se comienza pronto la «colaboración» en este terreno, hay probabilidades



de que continúe en lo sucesivo. Eso exige un poco más de esfuerzo a los padres; pero puede conseguirse mucho años más tarde.

EL VESTIDO COMO SIGNO DE PERTENECER A UN GRUPO

UN PADRE: Me parece que no es por casualidad por lo que un muchacho «de buena familia» se disfraza de vaquero; que una joven se vista de muchacho o, todavía peor, que un chico se divierta llevando atributos esencialmente femeninos.

MODERADOR: En lo que respecta a esta última observación, me parece que tocamos un caso casi patológico. Conozco muchos jóvenes que llegan al taller o a la Fa-

cultad con las uñas pintadas, rimmel en los ojos y cabellos «laqueados»...

UN JOVEN: Hay muchos que, sin maquillarse, tienen un aspecto bastante afeminado. Ellos lo hacen porque las chicas no encuentran en ello nada que censurar, y, en ese caso, ¿por qué no?

UN JOVEN: Yo, que vengo de un pueblo, me he visto sorprendido por el aspecto de algunos muchachos. Había oído hablar de ello, pero no lo creía, verdaderamente. Sin embargo, esto es menos frecuente entre los dieciséis y veinte años que entre los veinte y veinticinco. Pero creo que, en estos casos, el joven sufre la influencia del ambiente en el cual trabaja, y los padres no pueden nada contra ello.

UN PADRE: El cabello debería permitir distinguir a los muchachos de la joven. ¿Por qué, pues, las chicas de hoy se cortan el pelo y los muchachos se lo dejan crecer?

UN JOVEN: Es una cuestión de época. Cada uno sigue la moda de su tiempo, de la ciudad en que ha nacido, del barrio en que vive. Esto es normal y los padres debían comprenderlo.



EL VESTIDO Y LAS RELACIONES ENTRE AMBOS SEXOS

UN JOVEN: Nos gusta, sin embargo, tener frente a nosotros unas chicas bien vestidas y un poco incitantes.

UN PADRE: Ese es el punto de vista de los jóvenes, pero no siempre el de los padres. Un padre, naturalmente, no se niega a que su hija resulte agradable a la vista; puede, incluso, sentirse halagado, pero no aprecia, en absoluto, el lado «incitante» que pueda tener su aspecto. Yo creo que los padres tienen razón cuando manifiestan su desaprobación ante un escote excesivo o un sweater demasiado ceñido. Porque, al vestir así, la joven da prueba de una actitud sexual en desacuerdo con su edad.

UNA MADRE: Me parece que en este caso, como en muchos otros en materia de educación, el ejemplo es la base. A través del comportamiento de los padres se pueden evitar muchas discusiones.

UNA JOVEN: Cuando los padres influyen en la elección que hacen sus hijos, parece que es el padre quien interviene respecto a las hijas, y la madre respecto a los muchachos. Algunos padres tienen unos principios, tales como «tú no llevarás tacones antes de tal edad...»; pero la hija no hace caso de la prohibición y el padre no protesta, sin que se sepa muy bien por qué.

EL VESTIDO Y EL DINERO

UN PADRE: Tomemos el caso del joven que gana su vida. Para alguno de ellos, una parte muy importante, si no la paga íntegra, la dedican a comprar prendas de vestir. Creo que los padres tenemos muchas cosas que decir sobre este punto.



UN JOVEN: Esto es cierto, sobre todo en lo que respecta a las chicas.

UNA JOVEN: Hay, en efecto, muy pocas jóvenes que escatimen dinero en adquirir cosas de primera necesidad para poder comprarse vestidos. Pero, las que lo hacen, estiman que tienen derecho a ello, y no admiten que sus padres se opongan. Sin embargo esta no es una actitud corriente. Lo que es mucho más frecuente es que cuando compramos un vestido de última moda, que deseamos, pero que no es, quizá, indispensable, nuestros padres nos critican; y de ahí a decir que derrochamos todo nuestro sueldo en «trapos» no hay más que un paso...

UN JOVEN: Cuando ganamos un sueldo, el aspecto financiero de la elección de un traje sólo incumbe al interesado. Si es estudiante, dentro de los límites de un presupuesto que se le fija, deberá arreglarse solo.

LA UNIFORMIDAD EN EL VESTIDO

UNA MADRE: A los niños pequeños les gusta vestirse como sus compañeros de clase. ¿Continúa este sentimiento cuando son mayores?

UN PADRE: Yo creo que, consultando las cifras de los fabricantes de tejidos, se pueden encontrar respuestas a esta cuestión. El año último, por ejemplo, cierta marca de camisas ha vendido cientos de millares de prendas. Ha sido preciso, por tanto, que las llevaran otros tantos millares de jóvenes.

MODERADOR: Parece que la influencia de la publicidad para promover la compra masiva de trajes y prendas de vestir idénticos, es innegable; compra que, visto su número, abarca diferentes clases de la sociedad, lo que puede conducir a una uniformidad del vestido, en lo que respecta a los jóvenes y, a veces, también a los adultos.

CONCLUSION

El vestido es, verdaderamente, la expresión de una personalidad. Pero parece que no se ha hablado del traje funcional, que consiste, esencialmente, en una protección contra la intemperie...

El vestido desempeña un papel simbólico: cuando el niño quiere comenzar a manifestar su personalidad, se esfuerza en no actuar según los gustos de sus padres, y, en particular, trata de vestirse de acuerdo con sus predilecciones. Es un fenómeno de oposición bien conocido.

Hay otro aspecto: el elemento edad. El problema del vestido se plantea a dos edades diferentes: en la infancia, el niño está entregado de pies y manos a su familia, que, en este terreno particular, usa —y, a veces, abuse— de su autoridad. Nadie ha hecho alusión al «uniforme» de los cuatro hijos que se escalonan de dos a diez años y que llevan todos sweater blanco, al gusto de sus progenitores, orgullosos de mostrar a sus retoños... Para los padres, el vestido es, pues, frecuentemente, un signo de posesión. No podemos cambiar gran cosa en nuestra apariencia corporal, pero, en cambio, el vestido es esencialmente modificable y puede dar el «tono» a la familia.

Se ha dicho que los padres tienen miedo de una «contaminación» por el vestido. Pero me parece que es trastocar el problema, pues el vestido no es más que la expresión de un fenómeno más profundo, y su influencia, buena o mala, me parece exagerada.

Sin embargo, si los jóvenes piensan que el vestido debe ser juzgado independientemente de su personalidad propia, se equivocan, pues el traje es un signo de identificación. He conocido a un pianista que me dijo la gran influencia que, sobre su interpretación musical, tenía el modo de vestir de su auditorio. No hay duda de que existen interferencias muy claras y muy sutiles que no se deben subestimar.

En cuanto a la significación sexual del vestido, es cierta, aunque evoluciona con la moda. Cuando en 1890 una dama enseñaba su tobillo, los caballeros se entusiasmaban extraordinariamente. Ahora, sus descendientes contemplan en la playa, sin emocionarse demasiado, a las jóvenes en bikini. Así, la función erótica del vestido me parece variar esencialmente según la época y creo que no tiene significación muy profunda o permanente.

En todo lo que se ha dicho aparece una noción muy clara de conformismo, incluso en el seno de cierto anti-conformismo. En general, la gente desea ser como los demás. El niño de edad escolar tiene una sola ambición respecto a los vestidos: que no lo distinguan de los otros compañeros. Por otra parte, cualquiera que sea la edad que tengamos, nos inclinamos hacia un cierto tipo de prendas, con lo que demostramos nuestra afinidad con tal o cual grupo.

¿Pueden los padres hacer algo? Yo creo que sólo les queda encogerse de hombros. Porque si los conflictos se plantean cuando el joven tiene dieciocho o veinte años, ya no hay nada que hacer... Es mucho antes cuando hay que esforzarse en resolver el problema, previniendo, en tanto que se pueda, estas manifestaciones de oposición.

Manifestaciones efímeras, frecuentemente. Porque hay que resaltar que si los padres son muy sensibles al ridículo de sus hijos, éstos no lo son menos ante lo que consideran como chocante en el arreglo de los padres. Lo que demuestra que las distintas generaciones están pendientes unas de otras mucho más de lo que suponemos.